



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

**NOTAS SOBRE UNA FUNCIÓN ENIGMÁTICA DEL SÍNTOMA
EN PSICOANÁLISIS**

CLAUDIO GLASMAN

cglasman@psi.uba.ar

Notas sobre una función enigmática del síntoma en psicoanálisis

Resumen

Este ensayo interroga la función del síntoma en tanto enigma a lo largo de algunos textos de Freud y Lacan. El síntoma en su función de máscara desde Elisabeth hasta su despliegue como enigma en los historiales del pequeño Hans, culminando en el comentario del Seminario 23 de Lacan. Del síntoma se remarca su intervención en el desasimiento del sujeto, en el historial de Juanito. La función de la palabra como réplica del sujeto ante el Otro en sus intentos de separación. El análisis será concebido como acto analítico que retoma ese intento de separación fallido del cual el síntoma opera como interposición entre el sujeto y el Otro. En los casos de Freud, así como en la lectura de Lacan, desde Elisabeth, Hans o Hamlet se destaca la función de la palabra y del síntoma-palabra, metáfora, suplencia y defensa del sujeto. En el caso que Lacan construye con Joyce encontramos una nueva dimensión del síntoma ahora nominado Sinthome. Como Sinthome aparece una nueva función del síntoma: la función del escrito, de la nominación, padre del nombre como sostén enigmático de la estructura del sujeto. ¿Una excepción a la regla fundamental?

Palabras clave: Síntoma; sinthome; enigma; escrito; nominación

Notes on an enigmatic function of the symptom in psychoanalysis

Abstract

This essay questions the function of the symptom as an enigma throughout some texts by Freud and Lacan. The symptom in its function of mask from Elisabeth to its deployment as an enigma in the histories of little Hans, culminating in the commentary on Lacan's Seminar 23. The symptom is highlighted by its intervention in the detachment of the subject, in

Juanito's history. The function of the word as a replica of the subject before the Other in its attempts to separate. The analysis will be conceived as an analytical act that takes up that failed attempt at separation from which the symptom operates as an interposition between the subject and the Other. In the cases of Freud as well as in the reading of Lacan, from Elisabeth, Hans or Hamlet, the function of the word and the symptom-word, metaphor, substitution and defense of the subject stands out. In the case that Lacan constructs with Joyce we find a new dimension of the symptom now named Sinthome. As Sinthome, a new function of the symptom appears: the function of the writing, of the nomination, the father of the name as the enigmatic support of the structure of the subject. An exception to the fundamental rule?

Keywords: Symptom; sinthome; enigma; written; nomination

Reseña curricular

Psicoanalista. Ex – Profesor Adjunto Regular cátedra Psicoanálisis Freud I Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Ex profesor de la Maestría de psicoanálisis. Facultad de Psicología UBA. Profesor invitado en Maestría en Psicoanálisis Universidad de Rosario. Ex miembro de Redes de la letra Revista de Psicoanálisis. Autor y coautor de capítulos de Libros y artículos de psicoanálisis en Revistas de Psicoanálisis.

Notas sobre una función enigmática del síntoma en Psicoanálisis

Desasimientos

En “La novela familiar del neurótico” (1909) Freud escribe algo que resulta orientador tanto para nuestra práctica como para la razón analítica; dice allí que una de las tareas más dolorosas y difíciles para cada sujeto es desasirse de los padres como “única fuente de autoridad y fe”, y agrega “en esto fracasa el neurótico”. Digamos por nuestra parte que, en esta tarea, en la que la neurosis fracasa, el síntoma toma un papel fundamental. ¿Pero cuál es la función del síntoma en este desasimiento del Otro, tan fallidamente logrado? Ese punto en que el sujeto viene a demandar un análisis y del que el análisis, toma el relevo de ese acto de separación fallida. Adelanto algo: a esa fuente de autoridad y fe, es a la que apunta la operación de la castración, la que la hace temblar y es por ella que: “trono y altar están en peligro” tal como lo plantea en su artículo de 1927, “El fetichismo”. Es esa autoridad y esa fe las que se pondrán en cuestión en la transferencia. La transferencia, no habría que olvidarlo, es una cuestión de Fe, fe en el Otro, fe en el sujeto supuesto saber. Dios está en nuestro asunto.

Lacan, en los Seminarios 5 (1957/58) y 6 (1958/59) eleva como un momento constituyente, estructural de cada sujeto, la “creencia” que Freud describe en el origen de la neurosis. del hombre de las ratas: la creencia del niño de que sus padres conocen todos sus pensamientos.

Lacan comenta: Cómo no habrían de saberlos si él piensa con las palabras del Otro. Ese primer tiempo persecutorio, encuentra su alivio por el acto de una separación, que Lacan reconoce como el de la represión. El sujeto se separa del Otro, cuando descubre que el Otro no sabe todo de su ser de sujeto. El Otro omnisciente no lo sabe todo y, de pronto, como

efecto de rebote, el sujeto tampoco sabe todo de sí porque se instaura en él una dimensión a la segunda potencia del secreto, que es ese otro saber, lo inconsciente. Hay a partir de ahí un saber no sabido. Revolución del alma infantil, que no termina en la infancia.

El análisis será entonces el acto de retomar esa separación malograda, y el llamado analizante ya no se separará de sus otros originarios, ahora la tarea analítica lo separará, si las cosas salen bien, destituyendo al sujeto supuesto saber, instancia transferencial de autoridad y fe. Se separará, es lo que está en juego, de ese Otro de la transferencia, su analista.

En la instauración de ese saber no sabido, en esa separación, ese alivio se da cuando el niño miente y se da cuenta de que sus padres desconocen el sentido y los hechos, de lo que dice y refiere. En esto tiene un lugar la función del síntoma. De hecho, hablando de la mentira, no es casual que Freud hable de la *Proton pseudos histérica*, la primera mentira histérica, ese tan falso como verdadero enlace sintomático que se pone también en relación con el falso enlace transferencial. Esa primera mentira histérica es un momento fecundo en la constitución del sujeto separándose del Otro. Pero no se separa de una vez y para siempre del Todo. ¿Qué no hará para reintegrarse y reintegrarlo? Esa pregunta insiste en el texto de Freud: Uno se cura del Todo, ¿Pero uno se cura del todo?

Esa separación del Otro tiene, como efecto de corte, una separación de sí. En el Seminario de la angustia (1962/63), y ya incluyendo al objeto *a* en dicha separación, Lacan inventará el neologismo *separtición* para referirse a esta separación del Otro y de una parte de sí. El sujeto no es uno. Con la aparición del síntoma el cuerpo ya no es uno. Presencia del síntoma que Freud define de una manera extraordinaria como el “extranjero interior”, el “huésped”, y sabemos cómo tratan los amos a los huéspedes: o los asimilan, o los segregan hasta el exterminio. Habría que conservar ese oxímoron, extranjero interior. Por el síntoma se produce una herida narcisista, un corte, así lo llamó Freud. Es su idea de descentramiento del

sujeto. Si hay síntoma “el yo no es amo en su propia casa”. La ilusión de unidad y dominio está herida, y este corte afecta fundamentalmente su relación con el Otro, ahora, tachado. El yo, que es ante todo un yo corporal, está cuestionado por la presencia de *eso* otro, que habla, que no deja de ser cuerpo suyo, pero cuerpo que ya no responde. Eso es el síntoma, un cuerpo que no responde. Pero aquí nos surge una extraña pregunta ¿qué pasa si respondiese? ¿Qué significa una mano respondiendo, un pie respondiendo, un cuello respondiendo, literalmente, hablando? Esa es la idea escandalosa que tenía Freud de lo que es el sujeto y su síntoma, no solo lo que no anda, sino lo que no responde, a la orden del Amo. Los miembros de un cuerpo desmembrado, en la histeria, cuando no responden, hablan. A tal punto hablan, que, en “Elisabeth Von R.”, Freud por primera vez introduce otra extrañeza: las piernas se inmiscuyen en la conversación. Esto es inverosímilmente verdadero. Así sucede en un análisis, cuando Freud se da cuenta de que se va aproximando a algo que no sabe qué es, pero que es del orden de la verdad o del núcleo real de la neurosis, lo no reconocido, los síntomas se acrecientan y ese agravamiento temporal opera como una brújula que indica que estamos bien orientados. A medida que aumentan las resistencias, las resistencias orientan, dice Freud, la serie de las asociaciones. Si no fuese por el síntoma, el analista estaría perdido. Idea freudiana fundamental.

La función de la máscara

Antes de Elisabeth, historial que Lacan lee y comenta para referirse al síntoma, sigue siendo ineludible pasar por aquel texto de la prehistoria del psicoanálisis que es el estudio comparativo entre parálisis motrices, histéricas, y orgánicas (1893), porque ahí Freud descubre algo extraordinario: describe como los síntomas histéricos se forman según son nombrados en el lenguaje vulgar. El modo en que se nombra la mano, el pie, el cuello, es lo que decide la delimitación precisa del síntoma como recortando la unidad del cuerpo. Y

como se trata del deseo y del goce o de la satisfacción, el cuerpo que nos interesa es el cuerpo que la palabra pulsiona y recorta de esa unidad imaginaria que es el uno del narcisismo. Ese recorte del cuerpo es inseparable del recorte entre ambos cuerpos. Con el cuerpo del Otro el síntoma hace frontera, se interpone entre el sujeto y el Otro.

Freud hace en Elisabeth, lo que pareciera una mención literaria, al pasar dice: “todo su rostro me recordaba a una frase de Goethe, “La máscara revela algo oculto”. Pero cuando lo transcribe para citarlo lo altera. Se da cuenta más tarde y añade una nota a pie de página donde se corrige: “la máscara presagia algo oculto” (p. 154) La diferencia entre “revela” y “presagia” es sutil e interesante, porque en “revela” la verdad se muestra a medias, porque no revela del todo, y “presagia” anuncia a futuro, algo ambiguo que no se sabe qué es. Ese presagio es enigmático, como también es enigmático lo que revela y muestra ocultando. Es interesante que no corrija el texto, deja la cita errada en el cuerpo del texto y también agrega esa nota al pie. El presagio, muestra al síntoma en función oracular, y con el oráculo viene el enigma. En el Seminario 18 Lacan (1971) llega a decir que del Edipo lo que más le importa es la función del Oráculo y sus enigmas. Pero no es tan así, termina dicho Seminario con un comentario del “mito escrito” por Freud, Tótem y Tabú del cual extrae múltiples y ricas consecuencias.

Lo que introduce Lacan sobre la máscara del síntoma, que podemos leer en el Seminario 5 (1957/8), es que la máscara es del síntoma, no del rostro de Elisabeth y así desplaza en su lectura, la máscara, del rostro, que era un rostro que mostraba algo muy particular, sus gestos, cuando se le tocaban las piernas, eran más de placer que de dolor. La máscara ya no es el rostro de Elisabeth, sino que ahora la máscara es el síntoma mismo. El síntoma tiene función de máscara. Síntoma y máscara quedan anudados. Cuando Lacan dice que el deseo es enigma y la máscara sostiene un enigma, anticipa cuestiones que va a desarrollar de ahí en más y que

desplegará en el Seminario 23, *El Sinthome* (1975/76), donde por vía de la escritura, es un anticipo, Joyce, su nombre, se convierte en un *Sinthome* sostenido por un singular estilo, el enigma. Y ahí el enigma, en Joyce, también opera como función de máscara. Algo debe permanecer “cerrado” al Otro, al saber, a la palabra, a su comprensión, a la lectura, al sentido del Otro. Encuentro en el modo en que Lacan leía a Elisabeth, una punta sobre la función del síntoma, que en el caso de Elisabeth está articulado al significante opaco al Otro. En el Seminario V (1957/) está enfatizada esa función de la palabra que al cuerpo de una manera tan cortada como cerrada. En el Seminario 23 (1975/6) será interrogada la función del escrito en cuanto enunciación enigmática.

De la función y necesidad del enigma en el pequeño Hans

El enigma va a tener un lugar fundamental a lo largo de la enseñanza de Lacan, en el texto de Freud y en nuestra práctica. Enigmática es la cosa misma, enigmática la interpretación, enigmático el síntoma, enigmática resulta la enseñanza del psicoanálisis, su escritura y su palabra, afectadas por su objeto.

Nos detenemos por un momento al inicio del Historial de Juanito. Recordemos que el padre, era discípulo de Freud, y como tal, responde al pedido del maestro para que le manden materiales que enriquezcan con ejemplos a sus Tres ensayos. Y la introducción pre-neurótica, pre-historial de Juanito es una exposición de ejemplos donde el niño investiga, pregunta, indaga, formula sus teorías sexuales infantiles, su concepción falocéntrica del mundo, y muestran, esas notas al maestro, a un padre complacido al satisfacer la demanda de Freud. También cuenta el niño, y el padre toma nota, la intensa relación que el pequeño mantiene con su madre, en este juego de engaños, que Lacan destaca en su lectura a lo largo del Seminario 4 (1956/7). Si está o no está, si lo tengo o no lo tengo, si lo tiene o no lo tiene, si lo soy o no lo soy, en un juego de ocultaciones que Lacan ubica en el orden de un universo

tan materno como imaginario. Y todos parecen felices hasta que de pronto irrumpe, interrumpiendo el juego, algo que tira abajo la escena, que patea el tablero, y ante lo cual el padre no entiende de qué se trata, irrupción de la angustia y de los primeros nombres del síntoma-caballo. Así lo describe el padre, le escribe una vez más a Freud, pero con un cambio de tono:

Desdichadamente le escribo esta vez con contribuciones para un historial clínico - se cambió de los Tres ensayos a los 5 historiales- Sin duda ha sido una híper excitación sexual por ternura de la madre. El miedo de que un caballo lo muerda por la calle parece tramado con el hecho de que se asuste, lo asuste un pene grande. No atino a hallar nada pertinente ¿Habrás visto en alguna parte a algún exhibicionista, o el todo se anuda solamente a la madre?
No nos resulta agradable desde ahora empiece a plantearnos enigmas (1909 p 21).

Este último comentario es el que quiero destacar como esencial. La enumeración de causas posibles evoca la lógica del caldero agujereado, lógica de un padre agujereado, tan agujereado como la Omnipotente madre (fálica). Las preguntas del pequeño adquieren un carácter displacentero. Pasan de preguntas complacientes a una pregunta enigmática. Y el enigma angustia. ¿A quién? Al padre. Desde la antigua Grecia el enigma está asociado a la hostilidad. El enigma saliendo de las fauces abiertas de la Esfinge.

Freud intercala el siguiente comentario: “No haremos nuestros ni la comprensible preocupación del padre, ni sus primeros intentos de explicación, sino que examinaremos para empezar, el material comunicado. Es que nuestra tarea, no consiste en “comprender” enseguida un caso clínico” (1909, p. 21) Prefiero el modo en que lo traduce Ballesteros “Es que nuestra tarea no consiste en “comprender” todo en el acto.” (1909, p 1374) El subrayado

es de Freud. Nos sirve “en el acto” porque nos permite articularlo con “el acto analítico”. En el acto analítico no estamos ahí para comprenderlo todo, o simplemente, no estamos ahí para comprender nada- Y Freud prosigue “solo habremos de conseguirlo tras haber recibido bastantes impresiones de él. Provisionalmente dejaremos de lado nuestro juicio en suspenso y prestaremos atención pareja a todo lo que hay para observar” (1909 p.21). Suspensión del juicio, que no es solo del juicio moral, sino del juicio a secas, y que reencontramos en “Consejos al médico” (1912). La atención parejamente flotante es la posición del analista que la diferencia respecto de lo que afecta y hace el padre, que angustiado, es impulsado a imaginar causas, en una compulsión comprensiva o compulsión a la síntesis. Abstenerse de la comprensión es quizás uno de los nombres de lo que Lacan llamará más tarde “deseo del analista”. Es una de transformaciones que se producen en el lector analista como efecto de su análisis. Lacan hará de este “no comprender” una cuestión de método, que hace a la posición del lector analista, ya que es parte del modo en que él sostiene, con su acto, la tarea analizante.

Pero se trata del padre y no de un analista. Los padres se angustian y se precipitan en buscar y encontrar explicaciones de lo que pasa y queda fuera de su comprensión. El analista preserva esa extrañeza, suspende el juicio: abstinencia.

Lo que quiero destacar es que el padre, al “nominar al síntoma como enigma” realiza, sin saberlo, un acto decisivo en la historia del psicoanálisis. Pero agregamos nuestra pregunta: ¿El síntoma es un enigma para quién? Se podría decir que es un enigma para el sujeto mismo, pero ante todo es un enigma para el Otro paterno. Y si es un enigma para el Otro es un modo en que al Otro lo agujerea, porque la Omnipotencia, que es Onmisapiencia, queda tachada, porque no puede comprender, incluir, descifrar lo que el enigma cerradamente formula. El

enigma les cierra las puertas a las significaciones del Otro. Desde esta perspectiva el síntoma-enigma cumple una función a medias separadora.

En el caso de Elisabeth von R., el síntoma es máscara, preservación del deseo, verdad velada, pero podríamos agregar que también el síntoma es satisfacción real y autoerótica en Freud o goce tan hétero como real dirá Lacan. Son estas cosas las que a Freud lo llevaron a pensar que en el síntoma se juega el retorno de una “soldadura”, entre una satisfacción autoerótica, real, y una satisfacción irreal de la neurosis, que atañe a la realidad psíquica, la fantasía. Esas satisfacciones dobles son las que reaparecen en la formación del síntoma. Esas satisfacciones conjugadas son “irreconocibles” como tales ¿para quién? Para el mismo sujeto y para el Otro.

Un salto, en la misma cuerda: Lacan, lector de Freud y de Joyce

Masotta decía que a Freud no se le perdonaba haber dicho que el síntoma está estructurado como un chiste. El síntoma formado como un chiste, pero con una economía diferente. Masotta y Lacan, lo supieron leer, máscara y disfraz, los vuelven incomprensibles, pero el chiste necesita de la homologación del Otro, el tercero, aunque el Otro no lo comprenda del todo, y no sepa de qué se ríe, en cambio, el “chiste sintomático”, es absolutamente cerrado al Otro. Es diferente la función del Otro en ambos casos: en el chiste el Otro es testigo, él también encuentra un insabido sabor en el chiste. En cambio, con el síntoma aparece que ese carácter cerrado tiene una función separadora, y en el caso de Juanito, angustiante. Al padre se le escapa lo que allí está en juego. El padre no sabe *qué* dice porque ni siquiera sabe *que* dice.

Otra diferencia entre el chiste y el síntoma es que el chiste es una satisfacción placentera y el síntoma es una irreconocible satisfacción displacentera.

Lacan realiza con los textos de Joyce una operación de lectura compleja que parece contradecir lo que el mismo Lacan planteó acerca del modo en que un analista lee un texto literario, ocuparse solo del texto, no buscar en el autor, en la psicobiografía causas ni explicaciones, así lo explicitaba en su comentario de Hamlet. Pero lo que en Joyce va a interrogar es la función del “escrito y su publicación”, en la constitución y anudamiento de la estructura del sujeto. Me resulta tan interesante como enigmática esa lectura de Joyce y ciertas innovaciones que hace respecto de la función del nombre propio, del narcisismo, de las relaciones de la escritura y la palabra, de la función del nombre del padre, como padre del nombre que el *Sinthome* viene enigmáticamente a recubrir. Una serie de cuestiones que son de gran interés para la práctica del analista y que al mismo tiempo han producido mucho malentendido y aplicaciones forzadas en el tratamiento de las psicosis. No se trata solo de que Joyce escribe, sino de cómo escribe y para quién escribe, y de cómo esa escritura vendría a compensar una falla en la estructura. Interrogar la singularidad del modo en que lo hace, y de la función que adquiere en su caso el nombre propio, como suplencia del Nombre del padre, del padre que nombra, anuda y distingue. Joyce escribiendo de ese modo indecifrible...se hace un nombre...performatividad de la escritura: Escribiendo y publicando esos textos ilegibles se hace un Nombre. El autor no hace la obra, la obra hace al autor. ¿Si no quería que lo leyeran, para qué publicó?

Hay una oposición en Freud y también en Lacan, freudiano, que he anticipado entre síntoma y Yo, entre síntoma y narcisismo. El síntoma, lo que no anda, Elisabeth cojeando, viene a cuestionar la ilusión de dominio, de unidad del sujeto. Un perturbador huésped inasimilable.

En Joyce pasa algo extraño, diferente. A Lacan le interesa la función del Ego de Joyce, su psicología, tanto como la de su Nombre, de hecho, así lo llama Joyce-el síntoma. Quiere dar

cuenta de un estilo de escritura, que son inseparables, en su lectura, el estilo y la función del escrito. También interrogar la función singular que adquiere el Nombre propio en su estructura, ligada a cierta singularidad que tiene la función del Ego. Una diferencia a lo que es la función del narcisismo, lo que es la agresividad, la identificación y el enamoramiento, aquello que Freud describe en Introducción del narcisismo. Acá aparece otra dimensión del Ego. Lo lee en las novelas de Joyce, en su ausencia, Stephen, en El retrato del artista adolescente, no reacciona a la golpiza que recibe desde su narcisismo, su envoltura, su piel se le escapa como una cáscara, metáfora que Lacan lee y escribe *borromeamente*. Dos escrituras: la de Joyce y la de Lacan se interrogan frente a frente. Lacan no hace psicoanálisis aplicado. Enigma contra enigma.

Joyce: telepatías, palabras impuestas y las respuestas del sujeto.

Hay un momento del Seminario 23 (Lacan 1975/6) que pareciera que Lacan hace una digresión clínica: comenta y analiza una presentación de enfermos. Se trata de un paciente que padece de lo que él mismo denomina como “palabras impuestas”, además posee y padece de telepatía: cree que los otros saben sus pensamientos. Retorna de este modo lo que adelanté sobre los Seminarios 5 y 6 y en la creencia infantil del Hombre de las ratas, acerca de que los otros saben sus pensamientos, dijimos, creencia constituyente del sujeto. El paciente, es un telépata emisor. Y Lacan comenta, que en el momento en que él cree que todos sus pensamientos son sabidos por el Otro y que ya no tiene nada privado, intenta suicidarse. Privado al límite de su privacidad se intenta suicidar. He escuchado esto mismo o variaciones de este mismo fenómeno más de una vez, “si perdiera absolutamente mi intimidad me suicidaría”, decía una paciente. “Esto no se lo voy a contar porque si se lo contara me destruiría”, decía otro paciente. Existe una relación, que habíamos propuesto, entre estas dos

ideas sintomáticas: las palabras impuestas por el Otro y la telepatía: lo que el Otro sabe de mi...

Lacan, vuelve a Joyce, y queda justificado el relato de la presentación de enfermos. Introduce, en relación con la telepatía, a su hija, Lucía, quien padecía de lo que se llama esquizofrenia. Resulta que ella también tenía la capacidad de la telepatía. Pero a diferencia del paciente presentado, ella era telépata receptora. Para Lacan, lo fundamental era que Joyce “creía” - enfatizo, él creía - en la telepatía de Lucía. Y esa creencia se anuda con la conjetura de Lacan, respecto de Joyce y de cómo intenta defenderse escribiendo. Varias veces Lacan se pregunta si Joyce creía, si se creía, un redentor, si él se creía llamado. De hecho, Joyce hace suya esa capacidad telepática de su hija, la defiende ante los psiquiatras que la atendían. Lacan se pregunta, ¿Joyce estaba Loco?

Destaco dos cosas que Lacan plantea sobre las palabras impuestas, una, la siguiente conjetura: “No puede decirse que a Joyce no se le impusiera algo respecto a la palabra” (Lacan, 1976, p. 93) Luego se interroga: “Se trata más bien de saber por qué un nombre normal, no percibe que la palabra es un parásito, que la palabra es un revestimiento, que la palabra es una forma de cáncer, que aqueja al ser humano. ¿Cómo es que hay quienes llegan a sentirlo? Es ciertamente Joyce quien nos permite conjeturar algo. Lo extraño es que no nos demos cuenta de que las palabras nos son impuestas” (p.93). ¿Cómo si lo que pensamos, lo pensamos con las palabras que nos imponen? Palabras con las que el Otro nos de-manda, Lacan insiste, el significante es imperativo. Y llega a decir que todo discurso es imperativo excepto cuando no se lo comprende. En el “Caso” que construye con Joyce, uno de los modos de defenderse de estas palabras impuestas, de este saber telepático del Otro, es el acto de escribir, pero de una manera en que el Otro no sepa qué dice, qué significa, será su escritura cifrada, una escritura “cerrada” al público. ¿Pero entonces, para qué publica? Al publicar

produce un Otro, lector, testigo, y sin embargo y al mismo tiempo un Otro que ignora. Se plantea esa paradoja, constituir Otro al que le cierra la puerta de lo que está diciendo. Otro modo de nombrar la paradoja: hacer lo público para sostener algo privado. Un Otro barrado correlativo de la constitución de un sujeto dividido. Aquí aparece en Lacan cierta manera de hablar de la palabra, de ciertos aspectos de la palabra a la que no estábamos acostumbrados, la palabra es un cáncer, un parásito, no solo es pregunta o enigma encarnado, como en la histeria o en Hans, ahora es intrusión gozosa del Otro. Reaparece con fuerza ese carácter de *farmakon* de la palabra: creadora, curadora, pero también mortificante, pulsionante. Si en Schreber, Hamlet o en Hans, vemos al sujeto defenderse del Otro, Dios o Rey o Madre con palabras-síntomas, opacas, equívocas, ambiguas, Joyce, en cambio, se defiende de esa intrusión palabrera, de esa falta de discriminación entre el sujeto y el Otro, efecto de lo que Lacan llamó una “*verwerfung* de hecho”, de la dimisión paterna con la escritura, que no solo es cerrada sino que además, es con la que descompone las palabras, se defiende atacando, destruyendo la lengua inglesa, la hace pedazos, palabra por palabra. Hay una función singular del escrito en Joyce que no se aplica a cualquier escritura, ligado al enigma, al *joke*, en el extremo de lo incompresible, lo ilegible. Lo que un crítico inglés ha llamado “*inconceivably private jokes*”. Y es por la vía de esos enigmas escritos, de esos juegos de escritura “inconcebiblemente privados” que Joyce se defiende - ésta es otra de las conjeturas de Lacan - de esas palabras impuestas y de ese saber del Otro que es encarnado por esos críticos universitarios que se pasarán, así lo imagina Joyce, trescientos años tratando de descifrar sus enigmas. Esos *jokes* privados, restituyen esa privacidad amenazada de ser avasallada por el Otro.

Alguno pensará que los nudos son el modo en que Lacan resuelve el enigma de Joyce o la psicosis. Más bien, el nudo, que es también enigmático, está destinado a escribir la

estructura de la función enigmática, primero, del Padre del nombre luego del *Sinthome* como compensación y suplencia de la función paterna que tiene efectos singulares, en lo imaginario y en lo escrito. El *Sinthome* recubre esa función. La escritura del Ego sostiene esta función de anudamiento.

Esta escritura, ese nombre, ese *sinthome* restituye, esa distancia nominante, posible con el Otro, que es lo que Joyce habría logrado escribiendo de un modo indescifrable y en el límite, ilegible. Y este indescifrable, cerrado al Otro, Lacan lo va siguiendo desde sus primeros textos hasta alcanzar su culminación en el *Finnegans wake* (1939)

Dije que para Lacan hay en Joyce una *verwerfung* de hecho, del padre del nombre. En *El retrato del artista adolescente* (1916), novela extraordinaria, podemos leer de qué manera, Stephen, el protagonista, es acosado por amigos, por maestros, por sacerdotes que quieren saber no solo qué piensa, sino en qué cree, si aún tiene fe en las enseñanzas de la Iglesia. En Hamlet, la interrogación era otra, ¿qué sabe, qué trama? Con Stephen, doble de Joyce, ellos quieren saber sobre su fe y su creencia. Y Stephen responde con una política. En un momento en medio de las preguntas de su amigo Herón, le dice: “te voy a decir cuál es mi instrumento: el silencio, la astucia y el exilio” (Joyce, 2004, p.823). El amigo se queda sin saber lo que él cree. Lacan insiste con la misma pregunta: Joyce ¿cree en sus síntomas, se cree el redentor, se cree llamado? Las preguntas quedan planteadas. Para terminar, de piernas de Elisabeth, pasando por Juanito y sus caballos, hasta llegar al *sinthome* de Joyce hay un hilo común. La constitución de un enigma sintomático como intento de separación del Otro, Elisabeth del padre, Juanito de la Madre, Joyce intentando compensar o suplir esa carencia de la función paterna. El asunto freudiano es el desasimiento del Otro, del goce del Otro, del saber del Otro, de su demanda.

Se dice y repite que, a diferencia de Atalía, Hamlet o Antígona, para tomar algunos ejemplos, en Joyce no se podría aplicar el “modelo” del punto de almohadillado, pues aquí hay una ruptura, pérdida de la puntuación, en su escritura críptica, de la forma clásica de esos textos, organizados alrededor de ese nudo, que, en Atalía, Lacan ubicaba como el temor de Dios, punto de detención y amarre del sujeto, no solo en el texto literario sino en la formación del síntoma. En la fobia del pequeño Hans, el síntoma también viene a cumplir, supliendo, esa función de amarra del sujeto, la que impide que éste sea arrastrado por el Otro. En el caso de Joyce, la relación con las palabras impuestas y la telepatía, la posibilidad de que los registros podrían estar sueltos, o inversamente pegoteados e indiferenciados, encuentra en el nombre propio, en su caso, nombre de autor, esa compensación, que evita, lo que la *verwerfung* de hecho podría haber desencadenado. Encontramos otro elemento que jugará su papel en la estructura: Lacan venía en un dialogo crítico con Freud desde el Seminario 22 (1974/5), donde le cuestionaba la necesidad de poner un cuarto anillo que anudará sus registros. Necesidad que le atribuye por partir de ellos sueltos. El cuarto será el Edipo, el nombre del padre, la realidad psíquica o realidad religiosa. El padre, como la transferencia, es una cuestión de Fe. Lacan intenta sostener la estructura borromea con solo tres cuerdas anudadas. Se lo lee al final del Seminario 22, obligado a reponer ese cuarto nudo, el padre del nombre que anuda, nombra y distingue los otros tres registros. En el Seminario 23, esta función radicalizada nominante, padre del nombre es recubierta por el *Sinthome*. En el caso de Joyce, sería el nombre propio, y la escritura del ego quienes cumplen esa función de nombrar y anudar y esta es mi pequeña conjetura: Es el nombre de Joyce, su escritura, el que opera como punto de almohadillado, el punto-nudo que sostiene la estructura de un modo enigmático, preservando al sujeto. El punto donde se anuda la estructura es la escritura del nombre de autor, y este es otro sentido de la publicación de la obra, no solo hacerse un

público, un Otro barrado, sino hacerse un nombre. Lo que quiero enfatizar es que hay una inversión de la concepción tradicional del nombre de autor: no es que el autor y su nombre preceden a la obra dándole creación y sentido, sino que, a la inversa, es la obra, el texto y su publicación la que hacen al nombre de autor. Se ha dicho y escrito que Lacan se saca, en este seminario, a Freud y al padre de encima: de Freud dice reconocerse su heredero, mientras que, del padre, comentando el *Ulises*, afirma que Joyce escribió esa novela intentando encontrar en el escrito el padre que no tuvo en su vida, y valga la ironía, en el universo de la novela vuelve a fracasar, Bloom es demasiado poco padre para él.

Una última cuestión de importancia práctica: lo que nos plantea Joyce y su modo de hacer chistes “inconcebiblemente privados”, que sostienen la necesidad de producir una ignorancia del Otro. ¿Nos encontramos con un límite o excepción a la regla fundamental, al “diga todo sin excepción”? Aquí es necesario preservar, con el enigma, un agujero en el saber del Otro. “El análisis es la respuesta a un enigma.” (Lacan, 2006, p.70). Respetamos no solo la palabra y la escritura del analizante, sino también sus silencios y sus blancos, eso que llamamos enigmas. No lo obligamos a confesar sus secretos más íntimos ni le imponemos palabras. Al contrario, respetamos y preservamos la “astucia, el silencio y el exilio del sujeto”.

Referencias:

Freud, S (1909) La novela familiar del neurótico. Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Freud, S (1927) El fetichismo. Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Freud, S (1895) Estudios sobre la histeria (1893-1895) Pág. 154. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Freud, S (1893) Estudio comparativo entre parálisis motrices, histéricas, y orgánicas. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Freud, S (1909) Análisis de la fobia de un niño de 5 años. Tomo X. Pág. 21. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Freud, S (1909) Análisis de la fobia de un niño de 5 años. Tomo II. Pág. 1374 España. Biblioteca Nueva.

Freud, S (1912) Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Joyce, J (1939) *Finnegans wake*. Londres. Editorial: Faber & Faber.

Joyce, J (1916) El retrato de un artista adolescente. Barcelona. RBA Editores, S.A.

Lacan, J (1956/7) El Seminario. Libro IV. La relación de objeto. Buenos Aires. Paidos.

Lacan, J (1957/58) El Seminario. Libro V. Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires. Paidos.

Lacan, J (1958/59) El Seminario libro VI. El deseo y su interpretación. Buenos Aires. Paidos.

Lacan, J (1962/63) El Seminario. Libro X. La angustia. Buenos Aires. Paidos.

Lacan (1971) El Seminario. Libro XVII. De un discurso que no fuera del semblante. Buenos Aires. Paidos.

Lacan, J (1974/5) Seminario 22. Inédito. Traducción Rodriguez Ponte. Circulación interna EFBA.

Lacan, J (1975/6) El Seminario. Libro XXIII. El Sinthome. Buenos Aires. Paidos.